



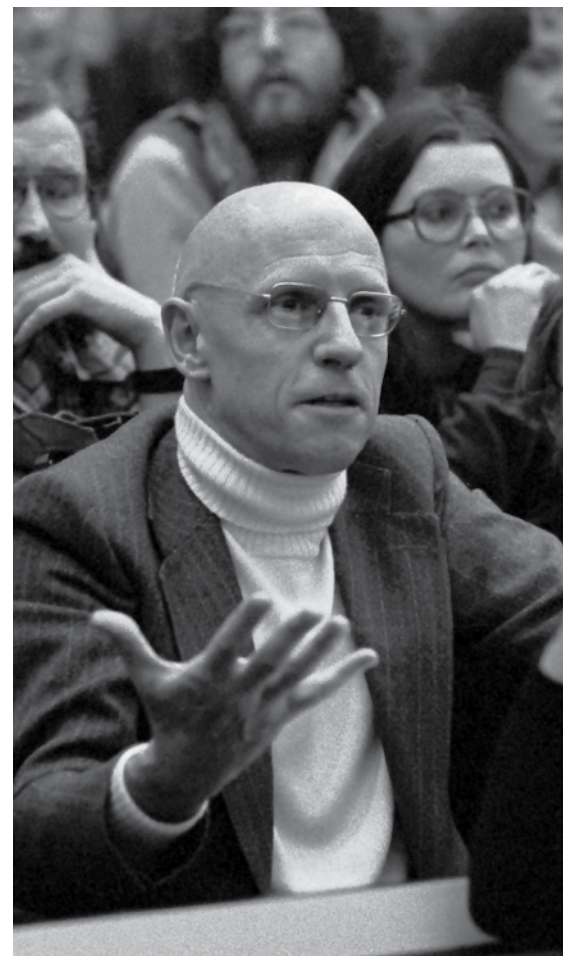
Stephen Jay Gould y Michel Foucault

Rafael Toriz

Todo lo que existe en el Universo es fruto del azar y de la necesidad
—DEMÓCRITO

PROBABLEMENTE NUNCA SE LEYERON y no obstante guardan entre sí una extraña, comprensible cercanía que acaso a primera vista parezca absurda y desfasada pero que, si miramos con sigilo, se revela como un puente verdadero. ¿Qué puede tener en común un filósofo e historiador de los saberes y las prácticas humanas, teratólogo encandilado *ad nauseam* con las experiencias límite (sodomismo, drogas duras), de figura macabra, infinita seducción y —digámoslo rápido— “asesino del sujeto” con un paleontólogo soberbio, obsesionado con el estudio de los moluscos, historiador y divulgador de la ciencia, exegeta acucioso de Darwin, proclive a la integración del conocimiento y humanista descarado? Por principio diríamos que nada, para inmediatamente recular y comprender que la discontinuidad y la contingencia, rasgos que perfilan y dan forma a sus búsquedas particulares, constituyen una palpable semejanza.

Desde luego no analizaré el corpus de sus obras. Para tal empresa me faltaría tiempo y la lucidez de sus talentos. Si tomo a personalidades tan distintas no es por el rigor del filósofo, por la minuciosidad del historiador



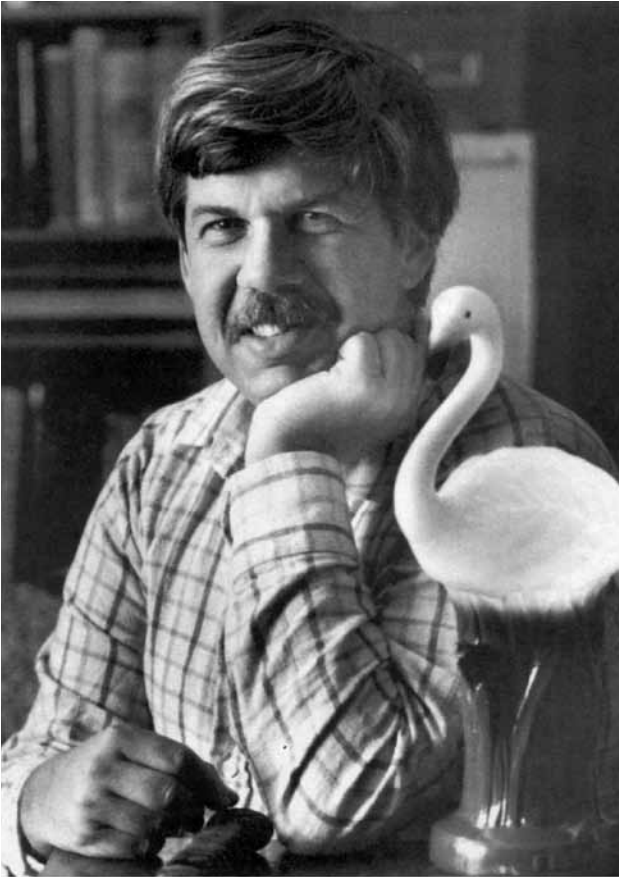
o por practicar una erudición extravagante. Lo hago, sobre todo, por el placer de su lectura, por la música que encierran sus palabras y por la literatura que brota entre temas aparentemente tan poco literarios. Me detengo en Stephen Jay Gould y Michel Foucault por el hechizo de sus temas y por la creación de una obra que los trasciende y que en algún momento me tocó afectivamente como suelen hacerlo las más altas pasiones.

Sé que es lugar común, tal vez el sino de los tiempos, pretender relacionar las disciplinas. Sé que en uno de sus tantos delirios inútiles la academia se ha permitido hiperbólicas licencias interpretativas que desvirtúan y pervierten “el sentido íntimo del texto”. El conflicto de las interpretaciones es, desde mi perspectiva, irresoluble, lo que por otra parte no es sólo un síntoma negativo. La divergencia abre la posibilidad de construir mayores y más ensanchadas posibilidades

para la interpretación, territorio en el que es factible dismantelar visiones totalitarias, socavar la univocidad y cruzar duelo con el agudo cáncer del pensamiento único: todo texto, por fortuna, es muchos textos.

En ese sentido Gould y Foucault son alfiles de distintas coloraturas que en líneas siempre diagonales se tocan y encuentran en el pilar de su pensamiento. Ambos, en sus contextos particulares, comulgan en la idea de fractura, entendiendo a la historia —social y natural— como un proceso discontinuo, coyuntural e imprevisible. Gould, de manera literal, debatirá hasta el último aliento la citada sentencia de Leibniz *Natura non facit saltus*, contraviniendo así la tesis del gradualismo darwiniano sostenida no sólo por el mismo Darwin sino, en nuestro tiempo, defendida con apasionamiento por Richard Dawkins; tesis que, por otra parte, Gould considera una noción esencial del liberalismo victoriano, una forma cerrada y decimonónica que pretende





excluir el contexto social de las teorías, lo cual no tendría por qué restar un ápice de cientificidad a las mismas. Así, Gould sostiene al referirse al equilibrio punteado —que en alguna medida guarda parentesco con la tradición hegeliana y marxista de la teoría de cambios punteados—: “El hecho de que aprendiera marxismo con mi padre puede haberme predispuesto a ser amistoso con el tipo de ideas que culminarían en el equilibrio punteado; lo cual no tiene absolutamente nada que ver con si el equilibrio punteado es verdadero o no, puesto que es una pregunta independiente que tiene que ser validada en la naturaleza”.¹

En sintonía con la teoría del equilibrio punteado (desarrollada en coautoría con Niles Eldredge), cito las palabras de Foucault en su obra de método:

Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectivas, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y rematarse desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones. Interrupciones cuyo estatuto y naturaleza son muy diversos.²

Heracliteanos, comprendieron que todo fluye, pero no con una aceleración constante e interrumpida sino que, como en una presa, el flujo a veces se desliza con rapidez en tramos breves; otras, el líquido permanece estancado, pálido y sosegado por tiempo indefinido. La linealidad sólo es una muletilla historiográfica, didáctica y hasta confusa que probablemente oscurezca más las zonas que pretenden alumbrar por un exceso de rigor interpretativo: los límites de nuestra comprensión, como la de la mayoría de los seres humanos en el devenir de la historia, difícilmente exceden los parámetros de las circunstancias. Hemos construido, por distintas razones, una historia funcional y teleológica, pasando de largo la advertencia, entre otras, de Odo Marquard: “Los seres humanos somos siempre más nuestras contingencias o casualidades que nuestras realizaciones”.³

Con todo, la semejanza de nociones históricas tal vez no sea suficiente para empatar a un ínclito bibliófilo como Gould con un arqueólogo desarticulador

¹ “The Pattern of Life’s History”, en John Brockman (comp.), *The Third Culture*, Nueva York, Simon & Schuster, 1995. Mi traducción.

² *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 2001.

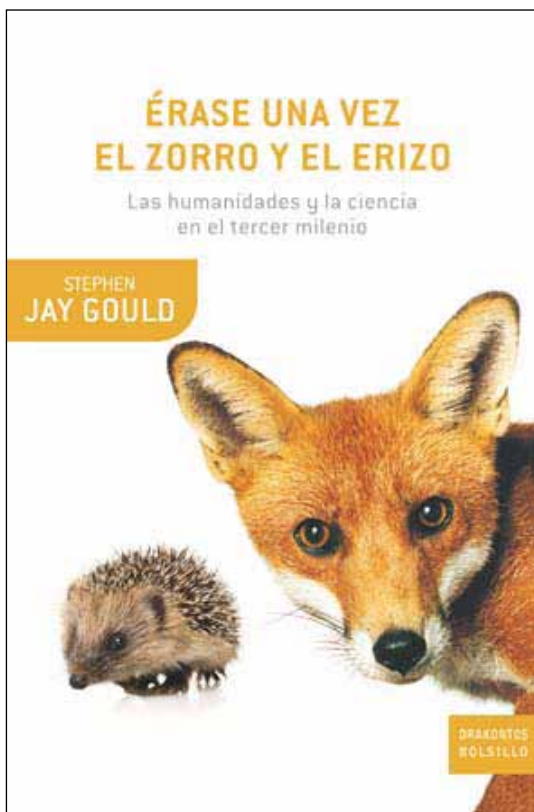
³ *Apología de lo contingente*, Valencia, Institució Alfons el Magnanim, 2000.

del dogmático poder de los textos. Gould, seguidor de la noble herencia de Montaigne, es exactamente lo contrario. Él está convencido de los beneficios del humanismo: es un hombre de ciencia. Foucault, incómodo de veras, es el genio maligno que se encarga de reprocharnos la fetichización del texto en monumento, de hacernos ver la opaca pero siempre vigente policía discursiva que nos envuelve en la diseminada espiral del poder. Foucault desconfía de los textos, entidad que, a su manera, el paleontólogo venera; de ahí que muchas de las críticas más sosas a sus libros sostengan que Gould no se cansa de presumirle al lector su bien nutrida biblioteca.

Empero, sería desleal poner a Gould como un textólatra irredento y acrítico, siendo que una de sus características más seductoras es el análisis a fondo de obras canónicas: Gould, en el sentido cortazariano, es un lector macho. Inspecciona a cabalidad los datos que le son proporcionados, de los que parte para sugerir, siempre desde la perspectiva intimista del ensayo literario, ideas revolucionarias. Creo que él da mejor diagnóstico de sí mismo al escribir que su habilidad especial radica en la combinación y no en la originalidad (cfr. *La falsa medida del hombre*), refiriéndose a que muchos de sus colegas, en lo que respecta a las investigaciones del determinismo biológico y la medición de la inteligencia mediante *tests* particulares, bien pueden utilizar y conocer las fuentes originales en los que se fundamentan, mas no se molestan en corroborar si esos datos, esos presupuestos teóricos, son inducidos por una ideología determinada. Gould sabe, y lo dice reiteradamente, que la objetividad absoluta es una falacia, que toda observación —como sostuvo Darwin— debe ser hecha a favor o en contra de un punto de vista, y que la práctica científica es también una política; tema que el francés, como dismantelador de las estructuras de poder inherentes a toda práctica humana, analizará en la mayor parte de su obra.

Por su parte Foucault, por parafrasear a Lenin, es un textólatra vergonzante: la mayor parte de su trabajo es una inspección de las fuentes primigenias. Mucho le debe a Fernand Braudel y a los mecanismos de análisis histórico de la escuela de los Annales. No por nada Deleuze describió a Foucault como el último archivista.

Tanto el estadounidense como el francés discutirán durante toda su vida con la verdad, con las nociones preconfiguradas de verdad. Tanto el Foucault de *La verdad y las formas jurídicas* como el Gould —acompañado



de Richard Lewontin— de *The Spandrels of San Marcos and the Panglossian Paradigm* buscan dinamitar certezas. Uno de estos textos es una pesquisa minuciosa de la articulación de verdad y las investigaciones penales, que ve en el *Edipo* de Sófocles no un arquetipo psíquico de la existencia, sino una puesta en escena de la construcción de las investigaciones jurídicas, manifestación escénica de las prácticas penales griegas. El otro es una certera y bella crítica a la idea limitada y dominante del adaptacionismo en la evolución, que toma como base la arquitectura de la catedral de San Marcos.

El punto que los hermana es la contingencia; tanto la de mi lectura simultánea de sus obras como la que se presenta en el equilibrio punteado y en la discontinuidad de la historia. Idea, como todas, antigua; similar en más de un sentido a las nociones de ruptura de Gaston Bachelard, a la estructura de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn y a la teoría de las catástrofes de René Thom.⁴ Gould y Foucault saben que la armonía dialéctica sólo puede ser textual.

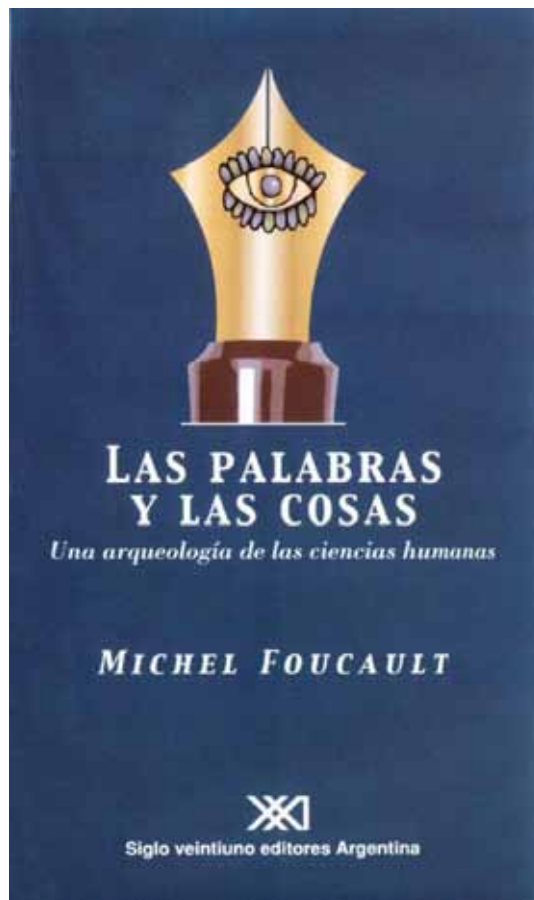
Freud sostuvo que las revoluciones científicas embisten axialmente el narcisismo de los hombres, su natural arrogancia. En ese sentido Gould y Foucault son herederos de los lúcidos e irreverentes pensadores que no se cansan de redimensionar el concepto de hombre. Uno demuestra que sólo somos seres elementales dentro un proceso biológico universal, mero brote tierno dentro del casi infinito follaje de la vida, y que estamos sentenciados a desaparecer sin haber alcanzado jamás una falsa y autocomplaciente cumbre categórica. Otro, en conmovedora poesía, escribirá, para memoria del viento, que una vez desaparecidas las disposiciones que configuran la invención del hombre “podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena”.⁵ Ambos son detractores, dentro de sus campos de estudio, de cualquier tipo de teleología histórica.⁶

Cada uno en sus respectivos discursos objeta la vana concepción del descubrimiento “científico” como mera acumulación de verdades inmutables. La evolución —*ergo* la historia— nunca es gradual. Su importancia se debe a rupturas violentas en los campos epistemológicos establecidos, giros copernicanos que ponen de cabeza nuestras certezas. Baste pensar

⁴ Para el caso de la discontinuidad temporal en las ciencias duras es referencia obligada el ensayo de J.B.S. Haldane *El tiempo en la biología*.

⁵ *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 2001.

⁶ Ambos cuentan también con notorios y variados intereses literarios.



en el trabajo de Copérnico, Galileo, Newton, Marx, Nietzsche o Freud, a los que sin duda habría que añadir los atolones que nos ocupan.

Por otra parte, es necesario puntualizar las diferencias entre ambos que, al igual que sus semejanzas, también son evidentes.

El proyecto de Foucault, por su naturaleza, es más general que el de Gould, puesto que se refiere a la historia como una totalidad. Gould, por el contrario, es específico, puesto que enfoca sus análisis a la teoría de la evolución. Al respecto escribe el primero en *La arqueología del saber*: “Por detrás de la historia atropellada de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan unas historias [...] de débil declive: historia de las vías marítimas, historia del trigo o de las minas de oro, historia de la sequía y de la irrigación, historia de la rotación de cultivos, historia del equilibrio obtenido por la especie humana”. En

este sentido la propuesta de Gould estaría comprendida en el amplio espectro demarcado por el francés.

Otra diferencia fundamental radica en que el objetivo de Foucault, heredero de la visión nietzscheana, es socavar cualquier morada, dejarnos a la intemperie. Foucault pretende demoler la idea de una justicia distributiva de la historia, puesto que esta justicia anestesiaría la toma de consciencia mediante la conciencia histórica:

La historia continúa, es el correlato indispensable de la función fundadora del sujeto: la garantía de que todo cuanto le ha escapado podrá serle devuelto; la certidumbre de que el tiempo no dispersará nada sin restituirlo en una unidad recompuesta; la promesa de que el sujeto podrá un día —bajo la forma de la conciencia histórica— apropiarse nuevamente todas esas cosas mantenidas lejanas por la diferencia, restaurará su poderío sobre ellas y en ellas encontrará lo que se puede muy bien llamar su morada.⁷

Michel Foucault, debe quedar muy claro, no avala bajo ninguna circunstancia cualquier tipo de humanismo, lo que obliga a pensar las prácticas y la existencia de los colegios de humanidades como los conocemos. Foucault ha minado, de una manera tan sutil que los profesores de las universidades mexicanas parecen no haberlo advertido, lo que entendemos por potestad y magisterio de las ciencias humanas.

De la misma manera deberá rescatarse un acierto grandioso todavía poco explorado en el trabajo de Gould y sugerido, si bien de manera oblicua por el francés en *Las palabras y las cosas*: la biología, esencialmente, como ciencia histórica.

Una versión más completa de este ensayo forma parte del libro Del furor y el desconsuelo. Ensayos para una crítica de la cultura, de próxima publicación por parte de la Universidad Veracruzana. ■■

⁷ *Ibid.*

